

Goya: 250 años del artista encarnado

LA celebración de

los 250 años del nacimiento de Francisco de Goya nos invita a acercarnos a su mirada humanista. La biografía de Goya, de 1746 a 1828, es bisagra de una época crucial de la Historia moderna en la que este aragonés encarna grandes valores que queremos recordar aquí no sólo como homenaje sino por su aguda actualidad.

Goya no es un genio ausente de su época, sino comprometido con ella. Coetáneo de las revoluciones francesa y americana, vivió el tránsito del Absolutismo al Imperio napoleónico, la guerra, los conatos liberales y el retorno del Antiguo Régimen.

El tono existencial de Goya, su estética y su reflexión intelectual, corre paralelo a su tiempo: se eleva con el sueño ilustrado y desciende, consciente de una España que se arruina progresivamente. Sin embargo, lucha por un tono optimista. Aunque la guerra la padece a los sesenta y dos años, y la resolución absolutista le sume en la desolación, el final de su vida le sorprende comenzando empresas nuevas, contactos con la Europa moderna, aprendiendo técnicas novedosas; en actitud de esperanza. Su misión en ese siglo tormentoso se cumplió por el arte.

Estético ético

DE origen rural y vasallo, su madurez se forma en el entorno de Jovellanos. A lo largo de su formación, vive un proceso de compromiso progresivo con el proyecto ilustrado. Frecuentemente se ha querido transmitir la idea de un Goya que imitaba, un hábil técnico que supo siempre flotar en el agua que corría. Por contra, Goya no es un voluble, sino que forma criterios propios muy arraigados que incluso le llevan a separarse de sus principales amigos en momentos clave como la monarquía napoleónica o la aventura liberal. Era público a quienes había elegido como compañeros de viaje, pero él sólo milita a favor de valores irrenunciables como la honestidad, la generosidad, la paz, la lealtad. En su obra se puede leer un proyecto moral político de modernización basado en la razón, la fe y el vitalismo.

Muchos han querido ver dos Goyas: uno cortesano, rendido a los poderosos; otro resentido y ácido. Pero no hay doblez en Goyas, sino unidad. El horizonte ético está presente en toda su producción madura. En los grabados denuncia la estulticia, la corrupción política, la inmoralidad de muchos de sus conciudadanos. Desprecia la frivolidad y depravación de las clases altas. Fustiga los vicios de su sociedad. Satírico, domina la burla y la ironía. Es su primera línea: una potente crítica subversiva en la que usa códigos confusos y enigmáticos para protegerse de los poderosos y conspiradores.

Por otra parte, sus retratos son una confesión y un veredicto. Sus cuadros son documentos, reportajes históricos, casi prensa gráfica. Sus creaciones son analizadores que provocan el discernimiento: llaman a las cosas por su nombre. Eran reactivos que testificaban la verdad oculta a una sociedad reprimida por una oligarquía parásita. Aunque Goya comenzó con un temario anecdótico, pronto evolucionó a pintar los grandes procesos históricos y especialmente la historia sumergida de una sociedad silenciosa y silenciada, invisible desde las cimas del poder. No es una pintura histórica idealizada y cortesana, sino ultrasensible e incluso hiperrealista.

Superviviente del poder

ES cierto cuando se dice que este genio aragonés no ofrece una imagen diáfana, sino que su vida es complicada y ambigua. Esto es propio de un artista que, como él, habitó la máquina del poder durante muchos años sin perecer. De extracción artesana, aprende a tratar con la alta sociedad a la que sirve en distintas funciones. Goya era leal a la autoridad pero sobre todo fiel a un proyecto moral. No es un tonto útil, sino que está al cabo de todos los laberintos políticos de la Corte y pinta en consecuencia. A veces, como cuando el ejército francés mataba a sus amigos, habría preferido dejar la paleta y coger la hoz, pero sabía que su mejor arma eran los pinceles.

Calla, ironiza o escaquea, pero no claudica defendiendo astutamente su libertad de expresión. Algunos críticos actuales dicen que es un ser extraviado, inculto y avaro. Muy lejos de esto, fue un ánimo generoso, inteligente y con la suficiente cordura como para no perder la razón cuando todo el mundo la perdió. Esconde una personalidad compleja y refinada tras un perfil colérico que le protege para ser un superviviente en la selva del poder.

Promotor de la sociedad abajada

NO es un autor «político» de Corte, sino un creador político en su sentido más básico: artista del pueblo. Un Goya civilista que llega a su culmen en la representación del dos y tres de mayo. El héroe es colectivo: es la sociedad civil, no los militares y menos la Corte. Goya mantiene relaciones enteras con gentes de todo tipo y clase social, tiene una mirada transversal de su sociedad. Defiende desde vivencias concretas que le impulsan. No es un pintor panfletario como muchos de su época; no está atado a su ideología, sino a la fidelidad a un pueblo. «Los desastres de la Guerra», por ejemplo, son experiencias vividas y vistas a la manera de un reportero de guerra. No son propaganda, sino

que atentan directamente contra la misma guerra señalando culpables en uno y otro bando. Desde ahí, Goya retrata las costumbres y la vida cotidiana popular y reinterpreta sus primeras composiciones más anecdóticas.

GOYA va más allá de la arquitectura racionalista de la política ilustrada. Supera el despotismo que no cuenta con el pueblo. Su visión es grave, lúcida y penetrante. Su mirada comprende que los cambios sociales no sólo se hacen a base de voluntarismo, sino que hay estructuras profundas arraigadas en la cultura y que se transforman a un ritmo casi geológico. Sus pinturas negras profundizan en la exploración del inconsciente social. Son un discurso antropológico en el que la brujería cumple sobre todo un papel político. Desde joven tuvo una actitud satírica con la superstición, que para él representaba esos lastres culturales de fondo y las instituciones reaccionarias que los conservaban, especialmente las eclesiásticas. Goya es un creyente crítico con el clero reaccionario y la Inquisición. Creció leal con parte de la Iglesia creando obras de alta calidad mística. No podemos dejar de conmovernos al contemplar sus cuadros en torno a la Pasión o algunos santos como Calasanz.

En conclusión, Goya crea una obra compleja y precursora, promotora de una reforma moral de una sociedad a la que quiere ayudar a abrirse a la modernidad. Pero no defiende una modernidad racionalista, sino que entiende a un hombre y una sociedad de procesos misteriosos y profundos. Muchos de los temas que toca Goya no son nuevos: lo relevante en él es su generosidad de encarnación en tiempos difíciles y la trascendencia de convertir sus obras en símbolos que nos representan grandes valores y son ya patrimonio de toda la humanidad. Después de pensar sobre su mirada, revisar sus creaciones puede ser un buen momento para «reflexionarnos» bajo su mirada.